

SACRIFICIO

CUENTO

I

¿No conocen ustedes la *Estrella*?

No hablo de aquella famosa que apareció en el cielo para servir de fanal a los Reyes Magos, ni menos me refiero a la que prosaicamente sirve de brújula a los navegantes, cuando las nubes se lo permiten, ni tampoco es mi intención recordar la célebre ópera de Meyerbeer, ni esas brillantes estrellas de los bulevares de París, partes de esa nebulosa, que necesita un gran telescopio de oro para no perderlas nunca de vista en su vertiginoso vuelo.

Me refiero humildemente al pailebot *Estrella* que, en la época en que tuvo lugar el suceso que narro, visitaba cada cinco días los puertos de Santa Cruz y Las Palmas.

Y es que, a pesar del odio inveterado que tengo a todo buque, como medio de locomoción, me encontraba un día en la dura necesidad de trasladarme a Tenerife desde la rada de Las Palmas, sin que me fuera posible evitarlo: y digo dura por el respeto que siempre me ha inspirado el mar. Cada uno tiene sus manías.

Largos años hacía que el olor de la brea y el dulce balanceo, que tan gratas emociones produce en lo más profundo de nuestras entrañas, no se presentaban a mi imaginación, sino como una de esas fabulosas pesadillas de los tiempos juveniles, cuya reproducción creemos imposible, cuando hemos llegado a cierta edad. Pero el hombre pone y Dios dispone. Era necesario ir a Tenerife, y como los globos no están aún en uso, y el objeto que me llevaba a aquella isla no admitía dilaciones, era preciso pasar ese mal rato y embarcarme.

Resignéme, pues, con mi suerte, arreglé mi maleta de viaje, puse en ella ropa para ocho días, pregunté a mi ami-

go el patrón de la *Estrella* la hora de la salida, y a las cuatro en punto de la tarde me encontraba en el muelle viejo de Las Palmas, porque entonces no existía aún el de Refugio, dispuesto a consumir el triste sacrificio, con el estoicismo propio del fatalista.

Casualmente un gran número de pasajeros me acompañaba. Yo no sé qué empleo estaba vacante en Las Palmas, que había de proveerse por la Diputación Provincial, y los dichos pasajeros eran otros tantos aspirantes, que en persona iban a exhibir sus méritos y servicios y la idoneidad que cada uno pretendía poseer para desempeñarlo. ¡Hay en España tantas aptitudes para cualquier empleo!

Las cinco y media sonaban en el lejano reloj de la Catedral, cuando al fin el patrón dió la señal de embarque, y los privilegiados, esto es, los destinados a las delicias de la cámara, saltamos a la lancha que inmediatamente se alejó del muelle impulsada por seis robustos remeros.

Una brisa fresca, aunque no muy fuerte, soplaba directamente de la punta de la Isleta, cogiendo de frente nuestra lancha que levantaba en su movimiento de avance olas de blanca espuma. Yo me había colocado junto al timón, y miraba hacia mi casa, que se destacaba blanca y tranquila en la dirección de la torre de San Agustín. Algo hubiera dado por pasearme en sus azoteas, cuyo piso no se tambaleaba como la tabla que sentía crujir bajo mis pies.

El sol se ocultaba en aquel momento tras la montaña de Gáldar, fiel imitación del Teide, iluminando con sus últimos rayos la oscura silueta de los montes de Anaga. Estábamos a fines de junio, y la temperatura era primaveral.

El crepúsculo, de larga duración en estas latitudes, permitía descubrir en todos sus contornos la rada, la ciudad, el puerto, y el macizo central de la isla, sobre el cual descollaban con sus vigorosos perfiles los picos del Nublo y del Saucillo.

La *Estrella* que tenía ya su vela mayor al aire y su áncora a pique, nos recibió balanceándose, como una coqueta, que oye los primeros arrullos de un vals.

No me hizo gracia su actitud; pero no había más remedio que disimular, y darle ambas manos al patrón, que ya desde la borda, y sin el auxilio de ninguna escala, me

solicitaba, invitándome a aprovecharme del movimiento de respiración del mar, para saltar sin pérdida de tiempo de la lancha al buque. Cerré, pues, los ojos, di las manos, y empujado hacia arriba por los seis remeros, y hacia adentro por mi amigo el patrón, conseguí caer sin detrimento visible sobre la estrecha cubierta, que, al recibirme me rechazaba, escapándose ligera bajo mis pies. Asíme como un desesperado de la borda, y busqué ansiosamente el piso, que huía como un balancín, consiguiendo unas veces atraparle bajo mi pie derecho, otras bajo mi pie izquierdo, pero nunca bajo los dos a la vez.

Miré a mi alrededor, y vi que mis compañeros, unos habían desaparecido por un negro agujero, que se abría a mi izquierda, y otros estaban tendidos, ya sobre sacos de diferentes formas, esparcidos sobre la techumbre de la cámara, ya sobre rollos de embreados y sucios cabos, o sobre el redondeado abdomen de algunas pipas atadas a los costados del buque; en tanto que, dos o tres, parecía que miraban con profunda atención el color y la profundidad del mar, entregados a triste y misteriosa contemplación.

De pronto, uno de estos silenciosos pensadores despide un ¡ay! prolongado y doloroso, levanta la cabeza, y da principio a un movimiento de desaloje tan rápido y continuo, que no parecía sino que iba a arrojar el alma por la boca, ojos y narices. Y como hay ciertos ejercicios que producen en los que están condenados a verlos, cierta especie de fascinación imitadora, los que nos hallábamos a su lado dejamos de mirar al mar, y unos más tarde, otros más temprano, empezamos a seguir tan pernicioso ejemplo, sin tener en cuenta nuestra propia dignidad.

Mientras yo maldecía en voz baja mi estrella y la *Estrella*, sintiendo de vez en cuando subir a mi garganta un estremecimiento convulsivo, que revolucionaba mi estómago, y que al fin, a pesar de todos mis esfuerzos, se traducía en amarga bilis, los marineros, sin cuidarse de estas pequeñeces, recogían el ancla, izaban el bote, y enfilaban las velas, de manera que recogiesen la mayor cantidad de brisa dentro de su seno, para alejarnos más rápidamente del fondeadero.

En marcha el buque, se regularizó, por decirlo así, el desordenado movimiento del suelo que pisábamos, y el

viento, dándonos de frente, vino a refrescar nuestros pulmones, contribuyendo a aliviar un poco el dolor agudo, que todos sentíamos bajo nuestras sienas.

Aún duraba el crepúsculo solar; pero ya las estrellas principiaban a encenderse sobre el azul oscuro del cielo, prometiéndonos una noche tropical.

En este momento sentí que me tocaban en el brazo; volví la cabeza, y me encontré con la risueña cara de mi amigo el patrón, que me invitaba a entrar en la cámara, en cuyo centro, me dijo, había tendido un colchón para mi uso particular. Agradecíle la atención; pero no queriendo perder un átomo de aquella fresca brisa, que tan dulcemente reaccionaba sobre mi abatido cuerpo, le supliqué me dejara todavía algunos instantes junto al timonel, creyendo de este modo que las fatigas serían menos repetidas y perderían mucho de su intensidad.

Favorecido, pues, por la cariñosa atención del jefe de a bordo, que casi me llevó en sus brazos, me dejé caer sobre un banco de madera clavado en la popa, y asiéndome del vibrante cable que sujetaba la vela mayor, parecióme que entraba en un período de relativa calma. Dirigí la vista a la ciudad, donde ya aparecían algunas luces, luego a la proa del buque, que, con gran admiración mía, corría en línea recta sobre Fuerteventura, y después, deseando fijar en algo la mirada, que me hiciera olvidar el abominable mal que me oprimía el corazón, detuve mis ojos, sin gafas, en el grotesco cuadro que me rodeaba.

Allí, sentados sobre mantas, y envueltos en capotes de lana del país había dos o tres grupos compuestos de hombres, mujeres y niños, que parecían otros tantos cuerpos sin más señales de vida que algún grito ahogado o el estertor que salía de sus gargantas, sin fuerzas ya para espectorar. Estos pasajeros, que no tenían derecho a entrar en la cámara por el módico precio que pagaban, permanecían toda la noche sobre cubierta, formando cada familia un pelotón informe, sobre el cual saltaban los marineros sin cuidado alguno al ejecutar sus maniobras, tirar de los cabos o cambiar la dirección de las velas.

Desde el banco que yo ocupaba tenía a mis pies algunos de aquellos infelices, de frente la entrada de la cámara y a mi izquierda, en un colchón liado en tres do-

bleces y cubierto con una estera de palma, un muchacho, que con una mano se apoyaba en la borda y con la otra en el respaldo de mi banco.

Habíame llamado la atención aquel chico, porque no se advertía que padeciese, como los demás, las terribles ansias del mareo, y esta inmunidad era para mí, en aquellos momentos, objeto de una viva curiosidad.

Vestía el mozo un chaquetón de paño burdo, ancho y acolchonado, pantalón de la misma tela, sujeto a la cintura con una faja de algodón azul oscuro, botines de cuero amarillo con gruesas suelas, y sombrero del país negro, aplastado y de anchas alas, que casi le cubrían el rostro. El chaquetón, doblado con desahogo sobre el pecho, estaba abotonado tan sólo por la parte más alta, junto al cuello.

Cuando el patrón me condujo al banco, mi compañero de viaje tenía vuelto el rostro hacia Las Palmas, mirando, a la dudosa luz del crepúsculo, con una fijeza tal, que me hizo creer dejaba tras sí alguno de esos recuerdos que imprimen honda huella en el corazón. Por intervalos volvía los ojos al buque y se inclinaba afuera, como si consultase y midiera el ancho surco que la quilla abría en el mar. En esos bruscos movimientos, la brisa, sacudiendo las alas de su sombrero, dejaba entrever una fisonomía móvil y expresiva, que acabó por cautivar poderosamente mi atención.

Y en efecto, juzguen mis lectores.

El chico podría tener 18 años. Su estatura era pequeña, el cuerpo bien desarrollado, las manos blancas, los ojos grandes, de ese azul límpido y profundo de las noches claras y sin luna; la tez algo morena y de una palidez notable, pero no enfermiza; la boca y la nariz de un corte agraciado. No pude observar el color de su cabello, mas el semblante en su conjunto, me pareció tan simpático, que desde luego me entraron deseos de dirigirle la palabra, para ver si de ese modo se calmaban las oleadas de acíbar que continuaban amargandome la boca.

El muchacho, entretanto, no había observado la atención de que era objeto: ocupado únicamente en sondear con su mirada el mar, y examinar la lejana población, que principiaba a envolverse en las sombras de la noche,

parecía haber olvidado el lugar donde se hallaba y las personas que estaban a su lado.

A medida que nos alejábamos de la isla, la *Estrella* seguía impávida su rumbo hacia Jandía, sin cuidarse de mi creciente estupor. Las Palmas confundía ya sus blancas azoteas con la línea oscura de las aguas que en su gradual ascensión iban formando horizonte; una línea de faroles con sus vacilantes luces marcaba la dirección de sus calles. La Isleta, cual un dormido cetáceo, dibujaba sus carbonizados flancos y parecía acecharnos para devorar el buque. De pronto, a una voz del patrón, crujen los mástiles, ruedan los cables, las velas se inclinan en contraria dirección y la proa de nuestra *Estrella*, girando en redondo, se vuelve hacia la tierra que habíamos abandonado y corre con furor, ciñendo el viento, como si volviera a buscar el fondeadero.

Después que se calmó algún tanto el vocerío y algazara producidos sobre cubierta por este cambio de rumbo, el patrón se acercó donde yo estaba, y saltando ligero sobre el banco, y poniéndose la mano en forma de pantalla delante de los ojos, exclamó en un tono que revelaba cierta sorpresa.

—Hola, timonel, ¿qué es aquello que se descubre a so-tavento?

El marino a quien se interrogaba de este modo, viejo arrugado y encanecido en medio de las borrascas del mar, levantó pausadamente la cabeza, miró con suprema indiferencia en la dirección que se le indicaba y contestó lacónicamente:

—Un bote.

—¿Un bote a estas horas y tan lejos del muelle? ¿Qué puede ser?

El timonel se encogió de hombros y no se dignó contestar. Tal vez creería ociosa la respuesta. ¿Acaso un bote no puede bogar libremente y a todas horas por unas aguas en cuyas orillas no hay aduanas?

Sea como fuere, el marino siguió vigilando la marcha del buque, y el patrón, abandonando su atalaya entró en la cámara, donde le llamaban con dolientes voces una docena de pasajeros, de los cuales unos pedían caldo, otros agua con limón, preguntando algunos si estábamos ya so-

bre los roques de la Isleta. No sé qué alivio esperaban de semejante noticia.

Entretanto, había dirigido yo mi vista hacia el sitio por donde se decía que se divisaba el bote, no con la esperanza de verlo, porque mi miopía y la oscuridad creciente eran causas bastante poderosas para impedírmelo, sino obedeciendo a una curiosidad natural, que en aquellas circunstancias y a pesar mío, se aumentaba, tomando en mi imaginación proporciones fantásticas.

Entonces, y aprovechando unos momentos de descanso, que el mareo al fin me concedía, dije a mi joven compañero que seguía tenazmente mirando en la misma dirección:

—¿Ve usted algo?

Pero, o él no oyó, o supuso que me dirigía a otra persona. En efecto, el timonel recogió como suya la pregunta, y se encargó de contestarme con esa voz enronquecida por las batallas del océano, que tienen todos los lobos de mar.

—Es un bote que nos trae algún pasajero sotaventado.

—¿Y alcanzará a la *Estrella*?

A esta última pregunta, el chico se volvió rápidamente, y sus inquietos ojos se fijaron con una ansiedad mal disimulada en el apergaminado semblante del marinero.

Yo observaba todos sus movimientos.

El timonel hizo oír un gruñido particular, especie de exclamación dubitativa, y contestó:

—Hum... no creo que el patrón vaya a detenerse por esa cáscara de nuez.

—Pero ¿podrá alcanzarnos?— insistí yo creyendo leer en las miradas del mozo el ardiente deseo de conocer la opinión de aquel experimentado marino.

—Hum... tal vez... quién sabe...

—Grande ha de ser el interés de los que vienen en el bote.

— Pst... Ya otra vez sucedió mesmamente.

—¿Y cuál fue la causa?

—Llevábamos... pues... un pillete... El patrón nada sabía... y... ve usted...

—Comprendo.

Y mientras así hablábamos, el joven se inclinó de nuevo sobre la borda, y en medio del silbido del viento y de

los sacudimientos del buque, que parecía quejarse como una persona herida, me pareció que se escapaban de su pecho algunos sollozos mal reprimidos. Sin embargo, tal vez me equivocara, sólo fuera efecto del mareo, que al fin triunfaba de aquel modo.

Mientras esto pasaba a popa, la *Estrella*, que no había podido rebasar la punta de la Isleta, volvía de nuevo la proa hacia Jandía y en su movimiento retrógrado era muy posible que fuera alcanzada por el bote.

Aguardé lleno de curiosidad el efecto de esta segunda vuelta, a pesar de que la fatiga volvía a invadir todo mi cuerpo, cubriendo mi frente de sudor.

El muchacho continuaba ocultando el rostro en las alas de su sombrero, y a ratos se le veía estremecerse, como si le tocaran con una pila eléctrica.

Todos callábamos; el patrón seguía consolando a los pasajeros; el timonel silbaba entre dientes, y yo me preguntaba si lo que veía y pretendía adivinar sería un juego de mi imaginación.

Llegó un momento en que mis oídos, que son mejores que mis ojos, creyeron percibir un lejano grito, que se repetía a intervalos y a desiguales distancias; grito que, deslizándose sobre la movable superficie del mar, y desgarrado por la brisa, que soplaba en opuesta dirección, parecía confundirse con el chirrido de los tendidos cables y los gemidos de la lona azotada por el viento; pero si algo de esto hubo, me guardé muy bien de decirlo, y esperé a que otro nuevo incidente me revelase aquel enigma.

El buque seguía entretanto alejándose y era posible que al dar la próxima vuelta pasara por detrás de la Isleta y siguiera su derrotero a Tenerife sin más dilaciones.

Volví a escuchar y nada oí. Los gritos habían cesado. El bote no se descubría. Entonces llamé al patrón y le tendí las manos para que me ayudase a bajar a la cámara.

Antes de abandonar el banco, me acerqué al sospechoso muchacho, que permanecía inmóvil, y le dije:

—Buenas noches, amigo. Si algo se le ofrece a usted, desde aquí puede verme y llamarme; porque sepa usted que deseo servirle.

—Gracias, caballero— me contestó, con voz apenas inte-

ligible, levantándose un poco y llevándose la mano al ala de su sombrero.

—Hasta mañana, pues, a las seis en punto, en Santa Cruz, ¿no es eso, patrón?

—Como no caiga el viento...

—No caerá.

—Así sea.

Y bajando la escalera, me desplomé sobre un colchón, que ocupaba en el suelo el centro de la cámara. Antes de alejarse le pregunté al patrón si conocía a aquel muchacho.

—No señor, sólo sé que es un mozo labrador que va a Santa Cruz para embarcarse en uno de los vapores que por allí pasan con rumbo a Montevideo.

—¿Sabe usted su nombre?

—No lo recuerdo, pero debe estar en lista.

—¿Se lo han recomendado a usted?

—¿A mí?, no señor y ¿para qué?

—Es verdad; no era necesario.

—¿Quiere usted alguna cosa? Caldo, refrescos, vino...

—Sueño, si tiene usted de venta.

—Vea usted si puede dormir. Difícil es.

—Probemos.

Y me dejé caer de nuevo sobre el colchón en el cual me había sentado, y allí pasé la noche ejecutando mi estómago el mismo tema con iguales y a veces diferentes variaciones.

II

Aquella fue una noche infernal.

Por intervalos, así como de media en media hora, mi cuerpo se agitaba convulsivamente, y mi boca arrojaba el agua azucarada que de vez en cuando llevaba a los secos labios.

Desde mi improvisado camarote descubría las estrellas, y veía deslizarse las nubes rápidas como meteoros, señal de que el viento se sostenía, lo cual, al menos, era un consuelo para los que sólo habíamos de encontrar el término de nuestros males al tocar el suelo de Santa Cruz.

Con el fin de alejar el momento periódico del mareo,

mi imaginación procuraba olvidarse del lugar en que se hallaba, llevándome en alas a sitios y países desconocidos, entablando fantásticos diálogos e inventando maravillosas aventuras. Pero, cuando más engolfado me hallaba en seguir la complicada madeja de mi finjida existencia, el cruel balanceo de la *Estrella* me devolvía brutalmente a la amarga realidad. Este balanceo se componía de tres tiempos rítmicos. El primero a la derecha, el segundo a la izquierda, y el tercero hacia abajo. La periodicidad invariable de este movimiento, me producía el mismo efecto que sentiría el condenado a recibir sobre su desnudo cráneo una gota de agua cada cinco minutos. A veces me asía furiosamente del colchón, sujetándole con dientes y uñas, como si de este modo me fuera posible detener los acompasados saltos del buque. ¡Empeño inútil! El balanceo se producía matemáticamente, como el péndulo de un reloj, y con él esa temible ansiedad que precede al vómito, la fatiga que le sigue, y la postración dolorosa que es su última consecuencia.

No sé si al fin logré cerrar los ojos y perder el conocimiento de mis males; sólo recuerdo que vi palidecer la luz del farol que alumbraba la estancia, y penetrar por el descubierto portalón una claridad rosada, que instantáneamente me devolvió las fuerzas, reaccionando vigorosamente sobre mi trabajado organismo.

Un rapazuelo que hacía el oficio de mozo de cámara, y que con la agilidad de un mono brincaba de uno a otro lado, acudiendo al llamamiento de los pasajeros, que ya principiaban a asomar las cabezas por sus respectivos ataúdes, o séanse, camarotes, como si les llegase el olor de la deseada tierra, me condujo por la mano a la escalera. Asido a ella subí, casi arrastrándome a la cubierta, y me apoderé de nuevo de mi antiguo asiento.

Mi primera diligencia fue mirar al frente, quedando gratamente sorprendido al encontrarme dentro de la gran ensenada que corre al abrigo del promontorio de Anaga. Con rapidez asombrosa nos acercamos al fondeadero de Santa Cruz, cuya población se destacaba a lo lejos con su blanco caserío, sus dos tristes torres y su muelle.

Hallábame ya tranquilo. El mal había desaparecido, y

los tormentos de la noche pasaban a la categoría de recuerdos.

Mientras mi memoria los hacía desfilar, presentóseme con maravillosa lucidez el incidente de la noche, busqué con la vista a mi silencioso compañero. Ya no estaba en el mismo sitio, y se le veía en pie buscando el medio de confundirse entre los grupos que llenaban la cubierta. Sin embargo, al verme se inclinó un poco y me saludó levantando el ala de su sombrero.

Preparaban ya los marineros el ancla y aligeraban la lancha de todos los bultos que en ella habían encontrado asilo durante la noche, para lanzarla inmediatamente al mar. El patrón se me acercó y me preguntó si quería aprovechar la primera lanchada para dejar el buque, y al contestarle afirmativamente, me previno que estuviese dispuesto, pues la operación no se haría esperar mucho.

No aguardé a oírlo dos veces, bajé a la cámara, me zambullí un poco en agua dulce, abrí mi baúl, cambié de vestido, y subí al mismo tiempo que el ancla rodaba al mar.

Dispuesta la lancha y embarcados los equipajes de cámara, fuimos trasbordándonos los privilegiados de a bordo, o sea, mis compañeros de fatigas, incluso los pretendientes al vacante empleo, y luego que ocupamos los asientos que nos designó el patrón, se desprendió la lancha del costado de la *Estrella*, y tocó en breves instantes los resbaladizos escalones del desembarcadero.

Saltamos alegremente a tierra, y mientras saludaba a algunos amigos, que habían tenido la bondad de salir a recibirme, vi que las maletas, sacos y baúles eran presa de una nube de harapientos ganapanes, que se los disputaban con encarnizado furor.

Al observar esto, traté de rescatar de manos de aquellos beduinos mi maleta y saco, cuando observé con verdadero asombro, que el misterioso chico de la noche con su invariable sombrero de caídas alas, cubriéndole una parte del rostro, llevaba mi maleta al hombro y el saco en la mano, y me seguía impávido como si fuese mi lacayo o mi ayuda de cámara.

Disimulé cuanto pude mi sorpresa, y esperando en-

contrar dentro de breves instantes la solución de aquel enigma, me dirigí con mis amigos a la casa que había de servirme de habitación. El aposento que el cariño de mis huéspedes me destinaba, tenía una entrada independiente del resto de la casa, que estaba situada en la calle de la Marina, y formaba parte de un entresuelo con vistas al mar.

Luego que saludé a la distinguida familia que me dispensaba el honor de recibirme en su casa, me di prisa a bajar a mi cuarto, porque no dejaba de preocuparme la idea de que mi maleta podía haber desaparecido, a pesar del escaso valor que representaba; mas, al entrar en el aposento, el primer objeto que se me ofreció a la vista fue mi improvisado sirviente, sentado junto al umbral, y custodiando mi maleta y saco.

—Gracias —le dije abriendo la puerta y haciéndole señal de que entrase— no esperaba volver a verte.

—Señor —me contestó con visible turbación— mis servicios no son tan desinteresados como usted pudiera creer.

—Me alegro, porque deseo servirte. Entra y siéntate: Me ha dicho el patrón que vas a Montevideo en el primer vapor que pase por aquí.

—Cierto, señor —me respondió el mozo permaneciendo en pie y sin quitarse el sombrero—, por eso me he aprovechado de esta ocasión para suplicar a usted me dispensara un gran favor.

—No era necesario pretexto alguno, habla, chico, y si de mí depende cuéntalo por hecho.

—No conozco a usted —prosiguió el mozo— pero me ha inspirado usted una gran confianza desde que le vi anoche a bordo...

—Entonces explícate sin rodeos.

—Necesito, señor, embarcarme hoy mismo en el vapor que se espera esta tarde... Como nunca he salido de mi pueblo y soy un ignorante, no sé las diligencias que han de practicarse para buscar pasaje, sacar pasaporte, y...

—¿Tan necesario es tu viaje?

—Me va en ello más que la vida.

—¡Diantre!

—Oh, dispéñeme usted..., estoy tan turbado que no sé lo que digo.

Y su voz parecía entrecortada por comprimidos sollozos.

Detúveme un instante a examinarle con atención, y resuelto a desvanecer por último mis dudas, di un paso adelante, y bruscamente, sin que él sospechase mi intención, eché al suelo su sombrero.

Instantáneamente el muchacho dió un grito ahogado, y se llevó las manos a la cara, que se le había súbitamente enrojecido, mientras por su espalda caía en anchas trenzas una abundante cabellera de un color rubio oscuro.

—Ya —dije yo sonriendo— me lo sospechaba.

—Perdón —exclamó la disfrazada muchacha, cayendo de rodillas.

—Vamos, levántate y nada temas. No es difícil adivinar tu disfraz. Tranquilízate y siéntate a mi lado. Deseo conocer las causas que te han obligado a huir de tu país. De ese modo podré ayudarte con más eficacia.

La pobre chica seguía llorando en silencio, pero obediente a mi deseo, se sentó, y enjugó temblando sus lágrimas.

—¿Eres de Canaria? —le pregunté para facilitar de este modo la explicación.

—Sí, señor.

—¿Quién te persigue?

—La justicia.

—¿De qué te acusan?

—No puedo decirlo, sin que antes usted me conozca.

—Eso es lo que deseo.

—Lo va usted a saber todo; pero ¿estamos solos?

—Solos estamos, y nadie vendrá a interrumpirnos, porque he dicho que iba a descansar.

—Sin embargo, eche usted la llave.

Hicelo así y volví a su lado.

—Yo no debiera —continuó— referir a nadie estas cosas; pero si usted no me ayuda, jamás podré yo sola embarcarme, y temo que por el primer buque que llegue de Canaria vengan a prenderme.

—Pues no perdamos el tiempo. ¿De qué te acusan? Tal vez sean exagerados tus temores.

—No, no señor. ¿Acaso no recuerda usted las voces que oímos anoche antes de alejarse la *Estrella* del puer-

to? Pues aquellas voces eran las de mis perseguidores.

—¿Sabes tu disfraz?

—Quizá lo sospechen.

—Veo que el asunto es serio, y debes explicarte sin más dilaciones.

—No necesito decir a usted que soy hija de pobres labradores. Mi madre murió siendo yo pequeña, y mi padre y un hermano, única familia que tengo, pasaron hace años a Montevideo, donde la fortuna les ha favorecido. Antes y después de su viaje quisieron llevarme consigo, pero una señora, cuyo nombre no debo revelar, me había tomado bajo su protección, y les declaró que ella me serviría de madre, llevándome a su casa, y teniéndome como una hija en su compañía. Esa señora era dueña de una magnífica hacienda, donde residía la mayor parte del año, y allí pasé feliz y tranquila mis primeros años, recibiendo una educación muy superior a mi clase. Aquella señora era conmigo tan buena y cariñosa y me amaba tanto, que no me atrevía a abandonarla. Hacía muchos años que era viuda, y tenía una hija, que vivía en España con su abuelo, caballero muy rico y orgulloso, que la había dado educación en un convento o colegio de mucha fama en aquel país.

—Entiendo.

—Pocos meses habrá que el abuelo y la señorita llegaron a Canaria, y desde entonces principian mis desventuras.

La chica se enjugó las lágrimas y prosiguió.

—La casa, tan tranquila antes, se vió transformada en salón de baile. Los festejos, las comidas, las excursiones, las cenas y romerías se sucedían sin interrupción. Mi pobre ama lloraba en silencio y se lamentaba a solas del carácter libre y antojadizo de su hija, de su desmedido orgullo, del poco respeto que le manifestaba, de su aire de suficiencia y de absoluto dominio que pretendía ejercer sobre todos los que la rodeaban. Pero era tan grande la bondad de mi protectora y tan profundo su cariño, que, a pesar de tantas imperfecciones, no podía resolverse a reñir a su hija. Transcurrieron así algunos meses siendo yo el blanco de todas las iras de la señorita, celosa de la amistad que su madre me dispensaba y ofendida de las

consideraciones que tenían conmigo en la casa. Nunca perdía la ocasión de tratarme con dureza haciéndome sentir su desprecio, con una crueldad indigna de su posición.

—Siga usted —la dije animándola.

Ella suspiró hondamente, y prosiguió de esta manera:

—De improviso circuló en la casa una extraña noticia. La señorita se había encerrado en su aposento, y se quejaba de vahídos, náuseas y otros padecimientos vagos y oscuros, que ella exageraba con su acostumbrada insolencia. Cesaron los paseos, los bailes y los festines; el abuelo, fastidiado del silencio que invadía la quinta, se despidió un día de la familia y se volvió a España con la mayor tranquilidad, sin cuidarse más de la niña ni de sus imaginarias dolencias. Pasó de este modo algún tiempo, hasta que un día, de improviso y sin preparación alguna, vimos entrar en casa los agentes de la autoridad. Se trataba de averiguar el autor de un horroroso infanticidio, descubierto dentro de los límites de la finca. Una criatura recién nacida se había encontrado ahogada en un estanque. El espanto que un crimen tan cobarde y miserable causara a todos, me sería imposible referírsele a usted. Nuestras declaraciones fueron todas iguales. Ignorancia completa del delincuente. Tres días después fui llamada de nuevo a declarar. Mi ama me acompañaba. ¿Sabía ella lo que iba a suceder? No lo sé..., mas, ¿a qué continuar? Ya habrá usted adivinado que yo era la víctima elegida para salvar de una pena infamante a la hija de mi señora.

—¡Es posible!

—La misma señorita me había denunciado y aunque era tan fácil probar lo contrario, su pobre madre, sin valor para defender mi inocencia, calló, temiendo que la mirada de los jueces se fijara sobre la sola culpable. En su horrible desesperación exclamaba ella arrastrándose por el suelo a mis pies.: —«Apiádate de mí, tu silencio salvará a mi hija. Perdónale su infamia, que Dios premiará tu sublime sacrificio».— A pesar de mi cariño, que tan poderosamente hablaba en su favor, parecíame odiosa aquella tácita complicidad, y estaba resuelta a no aceptarla, cuando aquella misma noche, sin darme lugar a ninguna reflexión, mi ama me condujo secretamente a Las Palmas, me puso ella misma este distras, y me embarcó en la

Estrella, recomendándome por cartas a varias personas influyentes de esta ciudad, que no conozco ni quiero conocer, para que por su conducto me embarcase en el vapor que se espera. Tal es mi historia, caballero, y por ella podrá usted juzgar si soy bastante desgraciada.

—Cierto que lo eres; pero permíteme que te diga, que aunque admiro tu sacrificio, condeno tu silencio. Era preciso castigar a la infame denunciadora.

—Usted sabe mejor que yo —me contestó— que muchas veces la justicia se equivoca. Denunciada por aquella rica señorita, envuelta en sus redes y abandonada de todos, ¿cree usted que me hubiera sido fácil salvarme? De todos modos, me esperaba la cárcel, con sus noches sin sueño y su nota infamante. Yo soy una infeliz lugareña. ¿Qué vale mi reputación? ¿Quién me conoce? ¿Quién se ocupa de mí? Dentro de pocos días se olvidará el sangriento drama. Fuerte con la convicción de mi inocencia y con haber pagado con creces mi deuda de gratitud, voy a remotos países a reunirme a mi familia. Si Dios acepta mi sacrificio, Él me recompensará.

Así habló la muchacha, expresándose con un acento tan fervoroso, que me sentí hondamente conmovido.

Levantéme enseguida, y dándole con respeto la mano, la contesté:

—No quiero juzgarte. Dios, que todo lo ve y todo lo pesa en su justicia infinita, te dará, como, a cada uno, el castigo o recompensa que merezcas. Entretanto, mi deber es conducirte a bordo y ayudar a salvar un inocente. Permanece en este cuarto y disimula mejor tu sexo, perfeccionando si es posible ese disfraz, mientras yo te consigo el pasaporte.

Despedíme de mi heroína, que por cierto me pareció lindísima, y una hora después lo tenía todo preparado sin comunicar a nadie mi secreto.

Por la tarde, cuando llegó el vapor francés, conduje a mi protegida a bordo, recomendándosela eficazmente al capitán y esperé allí hasta la noche, no queriendo separarme de ella, hasta no tener la completa certidumbre de su salvación.

El vapor recogió rápidamente carga, víveres, carbón y pasajeros, y a las diez empezó a calentar sus calderas.

Sólo veinte y cuatro horas hacía que nos conocíamos, y ya me inspiraba apuella pobre chica un interés muy vivo. Se acercaba el momento de separarnos.

El bote del consignatario aguardaba al costado. Nuestras manos se enlazaron por última vez.

—Adiós —me dijo con el rostro bañado en lágrimas—. Nunca olvidaré a usted. Dios le premiará.

Bajé al bote con las lágrimas también en los ojos, y mientras el vapor azotaba con sus poderosos brazos el agua, y el bote se ponía en franquía, una forma indecisa apareció por la popa, agitando al aire su blanco pañuelo. Era ella que prolongaba de este modo su cariñoso adiós.

A mi regreso otro bote se cruzó con el nuestro.

—¿Ha salido ya el vapor? —preguntó un hombre vestido de negro, que iba sentado junto al timón.

—Sí, señor —me apresuré a contestar.

—Sin embargo, sigan ustedes —dijo el mismo hombre dirigiéndose a los remeros—; tal vez pueda oírlos.

Cuando llegué al muelle esperé, en medio de la mayor ansiedad. Deseaba convencerme de la inutilidad de aquella última tentativa de persecución.

A los veinte minutos llegó la lancha. El negro esbirro venía solo.

Entonces respiré con libertad. Ocho días después volvía a Canaria en la misma famosa *Estrella*, pero sin sufrir entonces las molestias del mareo.

Pasó un año, y ya empezaba a olvidar esta aventura, cuando un día recibí por el correo una carta con sello extranjero. Abríla y leí lo siguiente:

"Estoy con mi familia, soy feliz. Una nueva patria me abre sus brazos que recibo agradecida. Dudaba usted que Dios aceptara mi sacrificio; pero si esa aprobación se manifiesta por el bienestar material, por la paz de la conciencia, y por el cariño de la familia, crea usted que estoy perdonada más de lo que yo merezco".

La carta concluía con ardientes protestas de gratitud; y yo al guardarla dije para mí con cierta filosófica resignación:

—Celebro su felicidad, y estoy orgulloso de haber contribuído a ella. Pero ¡qué lástima que esta aventura no tuviera segunda parte!

Esto sucedía, cuando aún no había telégrafo en las Canarias, que si hubiera existido entonces, nada de esto hubiera sido posible; y ahí verán ustedes como una invención tan útil puede en ciertos casos ser perjudicial.

AGUSTIN MILLARES TORRES